

Nota roja: muere Carlos Monsiváis de muerte natural

Gabriela Miranda García

Monsiváis decía que la nota roja era meritoria porque sólo en ella aparecían las noticias que tenían que ver con la vida del pueblo. Las noticias amarillistas se ocupan de la gente común, de quien nadie más hace caso, salvo cuando son sucesos de acuchillados, atropellados, crímenes pasionales o desalojos. Bien sabía Monsiváis que de no ser por la prensa roja, ningún libro de historia ni ninguna portada de periódico dedicarían ni siquiera un renglón a sus tragedias y defunciones. Desde la perspectiva ilustrada, clasista o rimbombante leer la nota roja o la página de sucesos es intrascendente y poco inspiradora, pero estos mil y un velorios, dan cuenta de la historia, los dolores, las angustias y los amores que se registran en las páginas desprestigiadas de cualquier prensa nacional.

Este era Monsiváis o Monsi como la gente lo llamaba, un crítico implacable, una analista mordaz e irónico. Monsiváis era como un espejo de la realidad nacional mexicana, pero no de esa realidad macroeconómica y oportunista, sino de aquella realidad negada que somos todos. Parecía saber nuestras más hondas vergüenzas, nuestros caminos sin retorno y nuestros más rancios nacionalismos.

Se inspiraba en los lugares en donde nadie más que el populo se inspira. En los antros de mala muerte, el mercado de Tepito, la peregrinación de la Guadalupana o las fotografías de las vedettes de los 50's. Y era una verdadera inspiración porque nunca denigró estas fuentes de placer colectivo, nunca las miró con desprecio, con morbo o con dureza, siempre se dejó fascinar por ellas. Reparaba sí en el uso publicitario o político que pudieran tener, pero nunca menosprecio la pasión o fe que la gente depositaba en ellas. Fue un verdadero cómplice de lo popular, porque lo popular para él no fue un fenómeno social que merecía ser analizado, sino un lugar de entendimiento, de aprendizaje y de evocación.

Denunciaba sin tapujos la política partidista, los abusos de poder, las mentiras del gobierno y los abusos del estado, la policía o la religión. Era ingenioso en sus respuestas, tanto que podía hacer de cualquier pregunta insensata una trinchera de debate y reflexión. Tenía una habilidad para desenmascarar y acorrallar a cualquiera, sin que su rostro impávido cambiara o su voz árida se inmutara. Sí, era un cómplice, un luchador de lucha libre y un crítico de un humor fino y descarado.

Dan ganas de llorarlo, así, a grito pelado como se llora a un ídolo del pueblo y dedicarle no sólo la portada de los periódicos sino toda la sección de sucesos y toda la prensa amarillista.

Muere Carlos Mosivías, le sobreviven una legión de políticos trasquilados, una generación de intelectuales conmovidos y un pueblo callejero y guadalupano.